

VIOLACIONES A MUJERES FUTBOLISTAS DE PRIMERA DIVISIÓN EN ÁFRICA p.8

MARGARITA LANDI: SU ORFANDAD, LOS AÑOS PERDIDOS EN PANAMÁ Y SU BERETTA 7.65 MM p

CRÓNICA

**VIAJE AL EPICENTRO
DEL GRAN ÉXODO
DE LOS CAYUCOS**

**“OS REGALO
A MI HIJO...
QUE NO VUELVA”**

Bay Diop es el padre de Mohamed, uno de los 6.000 menores africanos que Canarias acoge y que el Gobierno quiere repartir entre las comunidades. “Fue duro, pero doy gracias a Dios de que mi hijo pudo salir de aquí”, relata





PRIMERA PARTE

Los que se han ido

'Crónica' viaja al corazón de lo que unos consideran la gran invasión desde África, mientras otros tantos la única respuesta a una situación dramática en origen. Los cayucos pesqueros se confunden con los que transportan a los que migran con dirección a Canarias. A un padre y a un hijo les separan 1.500 kilómetros en línea recta. Este reportaje, que se narra en tres partes, cuenta la realidad de los que ya han partido, de los que han desaparecido en naufragios y, también, de los que están preparando su salida a España. Es un éxodo sin precedentes

Por
Andros Lozano
Senegal
REPORTAJE GRÁFICO:
ALBERTO DI LOLLÍ



CRÓNICA

El senegalés Bay Diop camina por la playa de Kayar apoyado en su paraguas cerrado de color azul. Las *panzas* de madera pulida de cientos de cayucos se posan sobre la arena a la espera de que los jóvenes pescadores del pueblo se lancen hoy a faenar. Algunos son simples niños de 12 ó 14 años negros como el ébano. Los que ya han vuelto del mar venden sus pescados frescos en la orilla, donde decenas de mujeres los escaman allí mismo, sobre recipientes metálicos o sobre telas, qué más da. En medio de esa vorágine, a ratos, Bay, de 43 años, pierde la mirada en ese océano que moja sus pies, como si pudiera ver en el horizonte la cara de su hijo Mohamed.

Pero a padre e hijo les separan casi 1.500 kilómetros en línea recta. El chico, de 16 años, se encuentra acogido en un centro de menores de la isla canaria de El Hierro. Llegó en agosto del año pasado, cuando se montó en uno de estos coloridos barcos de madera que se extienden hasta más allá de donde alcanza la vista del reportero.

Mohamed es uno de esos cerca de 6.000 menores inmigrantes africanos que Canarias acoge y que el Gobierno quiere repartir entre las comunidades, aunque este año a duras penas ha conseguido hacerlo con 400. «Doy gracias a Dios de que mi hijo pudo salir de aquí. Fue duro para mí verle marchar. Pero allí está mejor», dice Bay. «¡Os lo regalo! ¡Le regalo a España a mi hijo! Si es por mí, que no vuelva. Allí podrá ganarse la vida mejor que aquí», relata.

En 2023, según los registros del Ministerio del Interior español, la nacionalidad senegalesa fue la que más se repitió entre los 39.910 migrantes que alcanzaron Canarias. Partieron de un país marcado por la precariedad, donde más del 50% de la población vive bajo el umbral de la pobreza, según Naciones Unidas.

Un equipo de *Crónica* ha viajado al epicentro del gran éxodo migratorio que colapsa el sistema de acogida de las Islas Canarias para recorrer los pueblos y playas desde donde parten y escuchar el lamento de las madres que han perdido a sus hijos o maridos en la travesía, sin haber recuperado siquiera sus cuerpos, o la

alegría de los que les han visto alcanzar esa tierra que aquí suena a prometida. En Senegal, la media de edad no supera los 19 años. Y sus jóvenes tienen metida una idea en la cabeza: «Subirse al cayuco», nos repetirán a lo largo del recorrido. Como si no tuvieran miedo a morir.

El hijo de Bay era pescador, el mayor de nueve hermanos. Cuatro meses antes de partir en cayuco hacia Canarias, un grupo de barcos de Mboro, una localidad también costera a 30 kilómetros al norte de aquí, sorprendieron en alta mar a la embarcación en la que Mohamed

Mohamed, aquellos *piratas* les llevaron a tierra. En mitad de un bosque, les quemaron las caras y las manos y les golpearon sus cabezas contra las rocas. Un amigo de Mohamed murió en el hospital. Él logró sobrevivir, pero tras recuperarse se marchó de su país lanzándose a ese mismo mar que antaño le dio de comer.

El padre de Mohamed supo entonces que su hijo ya no podía volver a faenar. Él mismo le buscó pasaje en un barco. También a otro amigo quemado. Entendía que su chico podía morir ahogado o deshidratado durante la trave-

norte, recorrió el litoral de Mauritania y se dirigió hacia las Canarias. Tardaron siete días en llegar. No sé exactamente cuántas personas iban a bordo, pero alrededor de 100. Mi hijo me llamó al llegar para decirme que estaba bien. Ahora un médico le mira cada dos o tres semanas el ojo que tiene más afectado por los golpes. Aquí eso sería imposible. En Kayar ya no puede vivir. Lo primero es su seguridad», afirma mientras enseña una foto de su hijo, sonriente, por las calles de El Hierro.

“DESAPARECEN DE UN DÍA PARA OTRO”

El presidente de la cofradía de pescadores de Kayar se llama Youssoufa Fall. Pronto reivindica su papel al frente de «uno de los tres» muelles de pesca artesanal más grandes de todo Senegal. Tiene registrados 800 cayucos, aunque asegura que en la época de más capturas vienen embarcaciones de otros pueblos para faenar con ellos, por lo que se alcanza la cifra de 1.500 barcos de madera que a diario parten de aquí.

Cuando se le pregunta por la inmigración irregular hacia España, Youssoufa Fall cuenta que el verano pasado salieron entre 20 y 25 cayucos «sólo» de la playa de Kayar. Y que otros muchos de los que partieron desde aquí eran «taxis» para llevar a chicos hasta embarcaciones más grandes que

ya estaban en alta mar y que hacían una parada en mitad de su recorrido.

«El pueblo se quedó vacío. Muchos capitanes eran vecinos de aquí que decidieron partir. Ahora el sector de la pesca no está mal, pero ocurre que los que sabían faenar ya se han ido. Falta mano de obra», advierte. Youssoufa Fall explica que si un pescador de Kayar trabaja los nueve meses que dura la temporada de pesca «y las capturas son buenas», se puede embolsar hasta 1,8 millones de francos *cfas*, cerca de 3.000 euros.

Desde 2019, el salario mensual mínimo en Senegal es de 58.900 *cfas* (casi 90 euros). «Pero aquí hay una tradición de quererse ir desde hace décadas», comenta el representante del colectivo pesquero de Kayar. «Esa idea de emigrar está arraigada en nuestro espíritu. Los que se han ido antes a Europa invierten en casas aquí

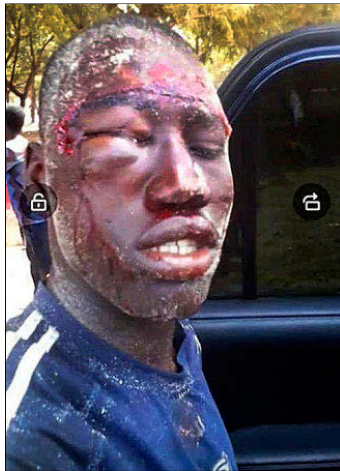
y empujan a los demás a marchar buscando lo mismo. Se le ha perdido el miedo a morir en el mar. La gente reúne 400.000 *cfas* (unos 615 euros), que es lo que suele costar un pasaje, y desaparece de un día para otro».

“SE MARCHABAN HASTA DE DÍA”

El año pasado, Senegal vivió un verano y una primavera convulsos. El por entonces líder del primer partido opositor del Gobierno, Ousmane Sonko, fue condenado a dos años de prisión. Sus seguidores salieron a la calle para protestar, en ocasiones de manera violenta. Se registró una

treintena de muertos por los enfrentamientos con las fuerzas del orden. A finales de julio, Sonko ingresó en prisión preventiva, acusado de llamamiento a la insurrección y complot contra el Estado. El Ministerio del Interior senegalés ordenó la disolución por decreto de su partido, Patriotas de Senegal por el Trabajo, la Ética y la Fraternidad (Pastef). A finales de marzo pasado, los votantes le dieron la victoria al opositor Bassirou Diomaye con el 54% de los votos.

Assane Dieng está sentado sobre las tablas de un cayuco de unos diez metros de eslora en la playa de Kayar. Tiene 39



UNA NUEVA VIDA TRAS LA AGRESIÓN

Mohamed, hijo de Bay Diop y pescador de la playa de Kayar, llegó a Canarias en cayuco tras ser atacado con gasolina, piedras y palos por otros pescadores de un pueblo vecino. Hoy recibe tratamiento en El Hierro.

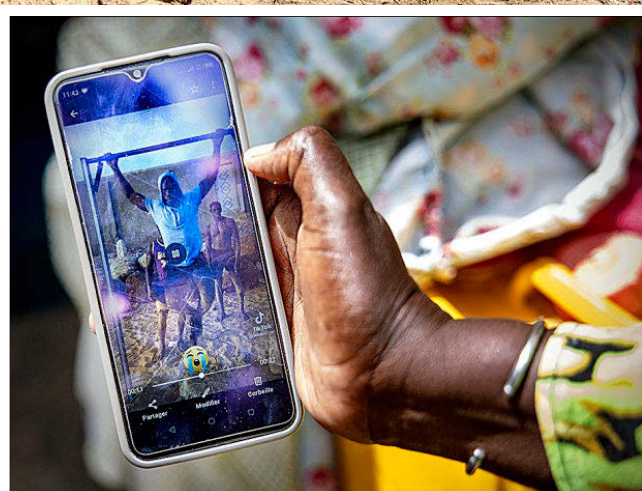
faenaba con otros 16 chicos de Kayar. Aquellos pescadores del pueblo vecino, enfrentado al suyo desde hace décadas, comenzaron a lanzarles palos y piedras. Les recriminaban que estaban usando sus redes de pesca en aguas que supuestamente les pertenecían.

Tras abordar el cayuco de

sía. Pero no le importó.

«Era un cayuco de Kayar que salió desde esta playa en la que estamos. Mi hijo y el amigo no tuvieron que pagar nada. El dueño del barco lo entendió. Primero, el cayuco bajó a Gambia, donde se subieron otros chicos. Luego, remontó de nuevo la costa senegalesa hacia el





LAS FAMILIAS QUE EL OCEANO DESTROZÓ

Arriba, un grupo de madres y un padre del municipio de Mbour que perdieron a sus hijos cuando viajaban juntos en un cayuco que acabó naufragando. Abajo, Sakho Woulimata muestra una imagen de su vástago, que falleció en el mar.

años. Desde aquí ve cómo trabaja en la pesca esa nueva generación de chicos que «viven obsesionados con subirse al barco». El alcanzó Canarias en febrero de 2006 —cuando la primera gran crisis migratoria de la islas— a bordo de una de estas embarcaciones, aunque de mayores dimensiones. Iban a bordo 220 personas, entre ellas niños y mujeres. Se le expulsó de España a finales de ese mismo año. Ahora observa cómo el éxodo se repite, cómo esos chicos que «sueñan» con partir le recuerdan a sí mismo de joven.

«Muchos chicos aprovecharon la situación que se vivía en

mi país para salir de aquí. Los gendarmes estaban centrados en las protestas, por lo que no había tanta vigilancia en la costa. El verano pasado fue una locura. Se marchaban hasta de día, algo impensable ahora mismo. Pero nadie ha de creer que esto es sencillo. Yo sé lo que es el miedo de pasar siete días en el mar y pensar que te vas a morir. Aunque es cierto que la pesca aquí ya no da de comer. Los que salen algunos días sueltos a faenar a veces se vuelven sin un solo pescado».

En Nianing, una pequeña playa a unos 80 kilómetros al sur de Dakar, la capital del país, un grupo de una decena de jó-

venes entrena lucha senegalesa en la arena. Varios de los chicos son menores de edad. Cuando conocen que los reporteros son españoles, de inmediato hablan de partir en cayuco. «Yo quiero irme, sin duda. No tengo miedo», dice Modou Sy, de 17 años, con rostro serio. Su amigo Babacar Sy, de 24, cuenta que él también. «Tengo amigos en Canarias que llegaron hace tres años. Sabemos que nos jugamos la vida. Pero en los pueblos de la costa es muy difícil encontrar trabajo salvo en la pesca, que tampoco da para vivir. ¿Qué nos queda? El cayuco».

@androslozano

CRÓNICA

EN 2024 YA SE SUPERAN LOS REGISTROS DEL AÑO PASADO

Las llegadas irregulares de migrantes a las Islas Canarias en la última quincena de julio han aumentado notablemente, hasta alcanzar las 1.677 personas, en comparación con la primera mitad del mes, cuando 536 llegaron a las costas del archipiélago. En todo el mes de julio han arribado a las islas 2.213 personas, una cifra similar a la de junio (2.140) y superior a las de mayo, abril y marzo, cuando se contabilizó una media de 1.706, según el balance quincenal sobre inmigración irregular que publica el Ministerio del Interior. Aun así, las cifras están lejos de las registradas a comienzos de año, cuando sólo entre enero y febrero llegaron a las costas canarias 11.932 personas tras superar la que es considerada como una de las rutas migratorias más peligrosas del mundo. En lo que va de 2024 son 21.470 las personas que han llegado a Canarias en 328 cayucos, más del doble que en el mismo período de 2023 (8.508), una diferencia motivada, sobre todo, por el gran repunte de principios de año. Las llegadas a Canarias suponen el grueso de todas las entradas irregulares al país por cualquier vía, que ya han alcanzado las 29.031, de las cuales 27.640

fueron por mar. A mediados de julio, cuatro embarcaciones con más de 300 migrantes atracaron en Gran Canaria en menos de 24 horas. Una de ellas era un barco de madera con 64 personas a bordo. 11 de los migrantes fueron trasladados al hospital, algunos en helicóptero, ya que cuatro se encontraban en estado crítico. Otra de las embarcaciones fue escoltada a puerto por Salvamento Marítimo tras ser avistada a unos 15 kilómetros al sureste de Gran Canaria. En esa embarcación viajaban 145 personas, todas ellas de origen subsahariano. La agencia europea de control de fronteras, Frontex, afirmó que los cruces irregulares aumentaron un 303% de enero a mayo en comparación con el mismo período del año anterior. Y en infinidad de casos, muchos de los que llegan a las Islas Canarias son menores no acompañados. Esto ha puesto a prueba los servicios de acogida en todo el archipiélago, donde hay alrededor de 6.000 menores migrantes. El Gobierno canario lleva alertando meses de la situación límite que se vive. El archipiélago, según el análisis del Ejecutivo regional, «no aguanta más» la presión a la que se somete a sus servicios de acogida. «No quedan más edificaciones a las que acudir para poder alojar niños y niñas. Los centros disponibles o están en condiciones penosas o están dedicados a otros o no reúnen las mínimas condiciones de habitabilidad», ha dicho la consejera canaria de Bienestar Social, Igualdad, Juventud, Infancia y Familias, Candelaria Delgado.

Por
Andros Lozano
Senegal

Según la ONG Caminando Fronteras, que monitorea las rutas que los migrantes realizan desde África hacia Europa, sólo en 2023 murieron más de 6.000 personas durante su travesía hacia las Islas Canarias. Fueron 18 muertos al día. De muerte en los cayucos saben demasiado en Mbour, un pueblo costero al sur de Dakar, a hora y

un patio en el centro donde cobijar a los animales. Decenas de críos con las ropas roídas jugueteaban de lado a lado.

Aminata Mboye vio partir a dos de sus cinco hijos en menos de 72 horas. Uno lo hizo un domingo. Otro, un martes. La mujer pasó siete días sin saber nada de ellos. Kabir Mbaye fue el que sobrevivió. Tenía 16 años cuando partió. Está en Tenerife. Hizo la travesía junto a un hermano de su madre. Ambos

dolor atroz», cuenta Aminata. «No me compensa que Kabir esté en Europa. En Senegal hay familias que venden todo lo que tienen para pagarle un pasaje a sus hijos en un cayuco porque piensan que allí todo es fácil y que les van a empezar a mandar dinero a los pocos días de marchar. Pero la realidad es distinta. Yo no quería que mis hijos se marcharan. No hay mayor dolor para una madre que saber que su hijo está muerto».

EL DESTINO DE LOS CHICOS DE MBOUR

A pie de playa, una veintena de mujeres de distintas edades se sientan en sillas de plástico para reunirse con *Crónica* bajo un pequeño cobertizo. También hay un hombre. Uno solo. Todos ellos son miembros del Colectivo contra la Inmigración Irregular en Mbour, una pequeña asociación nacida a raíz de las sucesivas desgracias en el mar con vecinos del pueblo. Su presidenta es Aminata.

Cada una de estas personas está marcada por la fatalidad de perder a un hijo, un hermano o un marido. Murieron yendo a bordo de un cayuco con destino a Canarias. Ocho de estos padres tienen grabada a fuego en la memoria una fecha: el 23 de octubre de 2020. Aquel día, un barco de madera partió desde esta misma playa. A bordo iban alrededor de 100 personas. La embarcación naufragó frente a la costa de Mauritania, el país vecino por el norte. Sólo hubo 27 supervivientes. Ocho chicos de Mbour murieron cuando aquel cayuco se fue a pique.

Uno de los muertos era el hijo de Abdou Gall. También se llamaba Abdou. Era estudiante universitario. Tenía 18 años. Nunca le dijo a su padre que quería subirse al cayuco. «Yo no me enteré del día que se marchó. Cuando el pueblo supo del naufragio me dijeron que mi hijo iba a bordo», explica el hombre, de 75 años. Tiene tres hijos más. Uno de ellos es mayor que el chico que perdió. «Siempre les digo: “¿Habéis visto lo que le pasó a vuestro hermano?”. Pero sé que no es suficiente. Si se quieren ir, cualquier día lo hacen y no me enteros».

En Mbour hay madres, como Woulimata Sakho, que aún mantienen la habitación de su hijo tal y como la dejó el día que partió. No ha querido mover de sitio su cama, sus pósters, su ropa. Invita al fotógrafo a recorrer la estancia junto a ella. Se hace el silencio. La mujer llora. O Sophie Fall, que a finales de abril de este año se quedó sin el mayor de sus cuatro hijos. Tenía 24 años. El chico, Mbaye Dieye, quería ser futbolista. Partió de aquí junto a varios amigos de Mbour. El cayuco en el que iban volcó

SEGUNDA PARTE

En las playas de la muerte de la inmigración ilegal: Hijos, padres y hermanos que desaparecieron en pos de llegar a Canarias

Los muertos se acumulan en el mar. En 2023 fallecieron más de 6.000 personas intentando alcanzar el archipiélago canario. 18 al día. Como el hijo de Abdou, recién cumplida la mayoría de edad. Nunca le dijo a su padre que quería subirse al cayuco. Ahora el hombre tiene que convencer a sus otros hijos para que no se vayan: “¿Habéis visto lo que le pasó a vuestro hermano?”

media por carretera de la capital. Es una población sumamente pobre, de calles sin asfaltar, de niños que pastorean cabras, de gente que mira al mar si quiere llevarse algo de comer a la boca. Sus calles empedradas están salpicadas por pequeños puestos de comida que la gente saca a las puertas de su casa, que muchas veces es una simple estructura techada de ladrillo y cemento con

alcanzaron Canarias con vida. Pero su otro hijo, Wally, de 1 años, murió en el camino. En total, en aquel cayuco que salió dos días después que el de Kabir iban ocho chicos de Mbour. Siete de ellos fallecieron. Nunca se recuperaron sus cuerpos. Oficialmente, son desaparecidos. En el corazón de sus familias, fallecidos.

«Saber que tienes un hijo muerto sin ver su cadáver es un





por el oleaje. No sabe cuántas personas iban encima, sólo que hubo nueve supervivientes que fueron rescatados.

«Me contaron que estuvo agarrado a la barca durante mucho tiempo. Pero se dejó caer porque estaba muy cansado y el mar se lo tragó», cuenta Sophie, que apenas logra enlazar dos frases sin romper en un llanto desconsolado.

El español Jordi Balsells es el responsable en Mbour de la Delegación Diocesana de Migraciones (DDM) de Senegal. Explica que la presencia allí de esta organización cristiana responde a la creciente vulnerabi-

lidad de los migrantes «en la frontera sur» de Europa. En este país acompañan a los familiares que han perdido a algún ser querido en los momentos de duelo y trabajan sobre el terreno ante emergencias, como cuando ocurre un naufragio y los cuerpos comienzan a llegar a la orilla. «Hay toda una generación que quiere salir de Senegal. Nosotros defendemos el derecho a migrar, pero siempre de una manera consciente, sabiendo lo que se deja aquí, los riesgos que implica el viaje y la realidad que se encontrarán si llegan a Canarias», explica Balsells. «Es cierto que la mayoría de los chicos del país anhelan subirse al cayuco».

Katy Faye es la psicóloga de la DDM en Mbour. Es el hombre sobre el que las viudas o las madres que pierden a un hijo se apoyan cuando llega la tragedia. «El proceso de asimilar la muerte de sus familiares es muy duro. No tienen cuerpo del que despedirse, por lo que la herida no llega a cerrarse», explica. Katy asegura que comparte el sufrimiento de las familias. «En realidad es el sufrimiento de mi propio país. Antes que terapeuta soy humana y me duele lo que veo y escucho cada día. Pero a veces no se puede hacer nada. Una mujer a la que traté me contó que ella

misma pagó el pasaje a sus dos hijos. No sabe nada de ellos. ¿Cómo se le ayuda a esa mujer?», se pregunta, sin capacidad de responderse a sí misma.

Por el norte, Senegal tiene



NUEVE TUMBAS EN LA PLAYA DE LA MUERTE

Las tumbas de nueve de los fallecidos no identificados en el naufragio del pasado 28 de febrero resaltan en la arena de la playa de Sal Sal, junto al cementerio de Thieme, en Saint Louis. Un cayuco en el que viajaban alrededor de 300 personas procedentes de distintos puntos de África naufragó frente a la orilla donde se encuentra la frontera entre Senegal y Mauritania. Llegaron a la costa 28 cuerpos, siete de ellos niños. Unos 100 supervivientes escaparon a la carrera. Del resto no se sabe nada.

DI LOLL / MOHAMED CHEZ (CEDIDAS)

frontera con Mauritania, donde el flujo de la salida de cayucos es mayor que en Senegal este 2024, según Frontex, la agencia de control de fronteras de la UE. Por la costa, ambos países están separados por una playa de arena blanca y fina que pertenece a Saint Louis. Desde aquí, la travesía hasta Canarias es de cuatro o cinco días, aunque muchos cayucos vienen de más al sur.

SIETE NAUFRAGIOS

Justo frente a este tramo de litoral hay una planta de gas a varias millas de la costa. Se divisa con facilidad desde la orilla. Pero de noche su iluminación confunde a los capitanes de los cayucos. Piensan que ya están cerca de alguna isla canaria y se aproximan, pero acaban encallando porque está rodeada de arrecifes. En los dos últimos años se han producido siete naufragios en esta zona. El último de ellos fue el 28 de febrero. Iban alrededor de 300 personas encima de una embarcación. Sobrevivieron unas 100. Las que pudieron llegar a nado a la playa se cobijaron en las casas de vecinos de un barrio de pescadores próximo. Los dueños de las viviendas les prepararon comida, les dejaron ocultarse de las autoridades policiales durante unas horas y les dieron toallas secas.

Con el paso de los días, el mar fue escupiendo cadáveres, hasta 28. Siete de ellos eran niños. Dos, ancianas. Mohamed Camara colaboró con la DDM en la identificación de los cuerpos y en la repatriación hacia sus respectivos países. Cuenta que había jóvenes de Guinea Conakry, de Costa de Marfil, Sierra Leona, sur de Senegal... Muestra la imagen del cuerpo sin vida de una joven en la morgue. Los que no pudieron ser identificados, nueve en total, acabaron enterrados en otra playa de St. Louis. Sus tumbas están a 100 metros de la orilla, en la parte trasera de un pequeño cementerio musulmán.

Assane Diop fue testigo de aquel naufragio desde la terraza de su casa. Cuando vio la desesperación de los migrantes que intentaban sobrevivir, salió corriendo y se metió en el mar junto a cuatro chicos más que había en la playa. Consiguieron que muchos de ellos salvaran la vida, porque pocos sabían nadar. Su familia fue una de las que les dio cobijo. «Poco a poco fueron llegando los cadáveres. Nunca lo olvidaré», dice. «Esta playa ha visto demasiada muerte ya». Como las playas del resto de Senegal, el país que vive y muere en el cayuco.

@androslozano

PRÓXIMA SEMANA

TERCERA PARTE

“No quería que mis hijos se marcharan. No hay mayor dolor para una madre que saber que su hijo está muerto”, cuenta Aminata

“Toda una generación quiere salir de Senegal. Anhelan subirse al cayuco”, dice un cooperante español

lidad de los migrantes «en la frontera sur» de Europa. En este país acompañan a los familiares que han perdido a algún ser querido en los momentos de duelo y trabajan sobre el te-

En la construcción de un cayuco clandestino que enfila hacia España

Con esta pieza, EL MUNDO termina un trabajo de tres reportajes en Senegal, origen de la crisis migratoria que colapsa Canarias. Un fotógrafo y un periodista son testigos privilegiados de cómo se fabrica una 'pirogue' a la que subirse en busca de suelo europeo





A través del testimonio de un capitán de cayucos, de un captador de clientes recién puesto en la calle tras nueve meses preso, además de un experto conocedor del proceso de fabricación, 'Crónica' reconstruye cómo se arma uno de esos enormes barcos de madera que llegan a Canarias llenos de migrantes. Cuestan entre 10.000 y 12.000 euros, una cifra ridícula para las mafias, que meten a 200 y 300 personas en unas embarcaciones que, en ocasiones, acababan siendo mataderos.

**“Nadie te lo dirá,
pero hasta los
gendarmes
están implicados”**



Una de las barcazas, de más de 20 metros de eslora, llama la atención por el color rojizo de su madera, todavía sin pintar. Acaban de terminar su construcción, hace poco se ha llevado sus últimos remaches. El periodista local que acompaña al equipo de *Crónica* comenta, sin atisbo de duda en su afirmación, que la están fabricando para ir a las Islas Canarias con cientos de migrantes a bordo, algo que parece imposible, pues es un delito que está seriamente penado y, lo que extraña más si cabe, se está construyendo a la vista de todo el mundo.

— ¿Y cómo sabes que no es para pescar? — se le cuestiona.

— ¿No ves que es muy grande? No tiene sentido hacerla tan grande para la pesca. Ahí caben más de 200 personas. Aquí todo el mundo lo sabe,

muy llamativos, vivísimos. Por último, esbozan algunas palabras o dibujos y se escribe el año de construcción de la barca.

Unos cuantos niños trepan por el casco para cotillear mien-

do un rifle kalashnikov.

Por esa misma carretera junto a la que trabajan, más allá del cementerio de Thième, se llega a un pequeño puerto donde está amarrada la patrullera de la Gendarmería

La barcaza blanca está amarrada en el mismo pantalán y mide el doble que la pequeña lancha gris de los gendarmes, que así vista desde el muelle da un poco de pena. Un guarda sorprende al fotó-

de hielo que utilizan los verdaderos barcos de pesca para confundir a los guardias, aunque por dentro están diáfanos y es ahí donde se esconden los migrantes hasta que salen a alta mar. Enton-

PARTE ESENCIAL DEL NEGOCIO

A la izquierda, el periodista local que investiga el negocio de la migración ilegal. Asegura que los gendarmes son esenciales para que funcione. A. DI LOLLÍ

pero nadie te lo va a decir. Hasta los guardas de la Gendarmería están implicados en este negocio.

Sobre la pirogue (como aquí les llaman a los cayucos) trabajan dos hombres cubriendo de caucho el suelo interior. Los reporteros se acercan para hablar con ellos. Explican que construir una nave como esa cuesta entre siete y ocho millones de francos *cfas* (entre 10.000 y 12.000 euros). Dicen que aquí todo el mundo sabe el precio medio, aunque siempre regateable, del pasaje clandestino a las Canarias: 400.000 francos *cfas*, poco más de 600 euros.

Así que echando cuentas, alguien con dinero que invierta en construir una barca así y la ponga rumbo al norte, remontando la costa oeste africana desde aquí, el norte de Senegal, hacia Mauritania, para luego enfilar con la proa hacia el archipiélago canario, se lleva limpios más de 100.000 euros, como poco.

Las barcas más grandes son también las más seguras, aunque las lleguen a desbordar de polizones muy por encima de sus posibilidades. Se fabrican a mano, de forma artesanal, con unos tableros enormes de madera color caoba de un árbol típico de Senegal llamado Khaya. Es tan abundante en este país que su nombre científico es *Khaya senegalensis*.

Con grandes clavos se sujeta y se da forma a los listones, luego se lijan y se cubre todo con pintura de colores

tras *Crónica* conversa con los trabajadores. Parecen alegres y bromistas. Sentido del humor no les falta, aunque sea humor negro, porque en la proa del barco, con los sobrantes de alguna pieza, han talla-

senegalesa, que se encarga del control migratorio. Justo el día anterior, muy cerca de aquí, los agentes de este cuerpo local frenaron un cayuco que trataba de salir al mar cargado de gente.

grafo tomando imágenes y viene a llamarle la atención, aunque termina explicando cómo es su trabajo. Por ejemplo, cuenta que los traficantes simulan con finas chapas de madera los contenedores

ces tiran las chapas de señuelo al agua.

Mientras el agente cuenta todo esto se ha formado un tumulto en uno de los camiones de donde se están des-

SIGUE EN PÁGINA 14



DE LA PINTURA A LA BOTADURA

Durante su estancia en Senegal, donde un equipo de reporteros recorrió el país, EL MUNDO fue testigo de cómo varios operarios daban los últimos remaches y pintaban un cayuco clandestino (arriba) como los que llegan a las Islas Canarias. Luego, sólo restaba que, con la ayuda de una máquina, fuese botado al mar, como el de la imagen inferior. A. DI LOLLÍ

Por
A. Lozano y A. Di Lollí
Saint Louis (Senegal)
Reportaje Gráfico:
Alberto Di Lollí

El barrio de Guet N'Dar de la ciudad senegalesa de Saint Louis, junto a la frontera con Mauritania, es conocido por la rudeza de sus pescadores, que tienen fama de hurafios y peligrosos. Es una cuadrícula de casas destartalladas levantadas con ladrillos grises sin lucir, sólo pegados con cemento, que se extienden por un islote llamado *Langue de Barbarie*. Junto a la carretera que separa las casas del mar reposan cientos de cayucos de grandes dimensiones, pues es allí mismo, al borde del agua, donde los pintan y los reparan.

CRÓNICA

VIENE DE PÁGINA 13

cargando cajones de hielo, así que sale corriendo y los reporteros aprovechan para marcharse.

“ES UN BARCO ‘ESPAÑOL’”

En la otra punta de esta isla de la ciudad de Saint Louis, un joven pinta el casco de un cayuco en cuyo mástil luce una enorme bandera rojigualda. Llama tanto la atención que la parada es inevitable. Al instante de poner de nuevo un pie en la calle golpea el olor nauseabundo de los restos de pescado que se pudren en el barro desde hace días.

Pese a la peste, el hombre sigue a su trabajo con tranquilidad, ajeno al hedor insostenible. El traductor que acompaña a *Crónica* se acerca a pedir permiso para poderle lanzar una foto. Tras una breve conversación, vuelve riéndose donde se encuentra el fotógrafo.

— ¿Qué te ha dicho?

— Dice que no hay problema. Puedes hacerle fotos. Es un barco *español*.

“ES MUY FÁCIL CONTACTAR CON UNA MAFIA”

El pasado 13 de noviembre de 2023, el senegalés Modou Kara Diop fue arrestado por agentes policiales de su país. Se le arrestó en esta misma ciudad, Saint Louis. Se le frenó justo cuando iba a poner un pie encima de un cayuco *taxi*, uno de esos barcos de pescadores y de menor eslora que se cuentan por cientos en las playas de los alrededores. Son esas embarcaciones que llevan a alta mar, a diez o doce millas de la costa, a pequeños grupos de migrantes que luego se suben a bordo de uno de esos cayucos clandestinos enormes como el que *Crónica* ha visto fabricar.

La detención de Modou se produjo a las nueve de la noche, cuando Saint Louis todavía era un hervidero de gentes. Llevaba consigo varias bolsas con comida para tratar de sobrevivir durante la travesía que le esperaba hasta llegar a Canarias: galletas, latas de sardinas, café, agua, pan... Pero su sueño de alcanzar suelo europeo se frustró

El precio del pasaje en un cayuco ilegal ronda los 600 euros, aunque el coste es negociable con la mafia

Modou Kara, captador de clientes, ha sido condenado a dos años de cárcel por favorecer la migración ilegal

en aquella playa. Los gendarmes le acusaron de haber querido migrar de manera irregular pero también de otro delito: por favorecer a ello a otras personas. Porque Modou era captador. La mafia que le iba a llevar a Europa le ofreció trabajar para ella atrayendo posibles clientes. Un juez le condenó a dos años de cárcel.

Durante el operativo policial, la Gendarmería detuvo en la casa de Modou a cuatro migrantes más. Procedían de distintos pueblos del interior del país. Modou los tenía escondidos en su casa a la espera de que el jefe de la mafia que lo captó le dijera que era el día de partir. Allí pasaron dos días. «El acuerdo era que se me devolvería lo que yo había pagado por mi pa-

Atiende a *Crónica* días después de ser puesto en libertad, algo que ocurrió el pasado 16 de julio. Su testimonio es sumamente revelador. Y extraordinario en sí mismo, ya que en Senegal resulta casi imposible que alguien que pertenezca a una mafia o haya estado preso por ello se abra a hablar abiertamente con los periodistas.

«Yo no tenía miedo del viaje. Me dolía mucho que se me detuviera cuando iba a partir. La travesía es como beber agua para alguien que sabe cómo es el mar. Yo soy pescador y sé que no me iba a pasar nada. Estaba a siete días de alcanzar España. Aquí no hay nada, no hay trabajo. Desde que he salido de la cárcel no duermo, sólo pienso en volver a tener una oportu-

SUEÑA CON EL VIAJE, PESE A LA CÁRCEL

Modou Kara Diop se citó con ‘Crónica’ en el hotel Siki de Saint Louis, ciudad en la que reside. Atiende a los reporteros días después de recobrar la libertad. Había pasado nueve meses en prisión —de una condena de dos años de cárcel— por favorecimiento de la inmigración ilegal. Tras pagar su pasaje para subirse a un cayuco con destino a

cillo alcanzar la costa del archipiélago canario.

En 2001, Moustapha pilotó un cayuco de 25 metros de eslora cargado con 200 migrantes. A cambio, el dueño del barco no le cobró el pasaje. Partió a las cuatro de la madrugada de una playa cercana a Kayar, una localidad costera a hora y media por carretera al norte de Dakar, la capital del país. Llevaba dos *gps* a bordo para seguir la ruta correcta.

Pero cuenta que la mafia le dio unas coordenadas incorrectas y que se perdieron después de llevar dos días de navegación. Se pasaron Mauritania y alcanzaron el Sáhara. Una embarcación policial marroquí frenó el cayuco, los agentes trasladaron a tierra a los polizones, incluido Moustapha, y les deportaron a Senegal.

«La gente que iba a bordo lo estaba pasando muy mal. Vi caras con pánico. No estaban acostumbrados a estar en el mar. Ya comenzaban las alucinaciones, las deshidrataciones, los mareos... Muchas mujeres lloraban. Yo me sentía bien, con fuerzas, pero seguro que alguien hubiera muerto de no dejarnos en tierra», explica este capitán de 42 años.

«Yo ya no quiero ir a Europa, aunque allí tengo a muchos amigos. Ahora ellos sólo vienen de vacaciones. Yo prefiero quedarme aquí. Salvé una vez la vida yendo a Canarias. No quiero probar suerte una vez más».

El fenómeno de la migración en países como Senegal y Mauritania en ocasiones deja his-

torias dramáticas. El pasado 6 de agosto apareció en aguas de República Dominicana un cayuco a la deriva que, según apuntan los indicios, había salido de la costa occidental de África, justo al otro lado del Atlántico. Unos pescadores se acercaron a él. Aparentemente, no iba nadie a bordo. Cuando se aproximaron más, vieron que la embarcación estaba repleta de 14 esqueletos en posición fetal, uno al lado del otro. Defensa Civil encontró luego 28 cédulas mauritanas y senegalesas.



Moustapha Canne, capitán de ‘pirogue’: “Tengo muchos amigos en Europa que sólo vienen de vacaciones”

saje, unos 400.000 *cfas* (615 euros). Es una forma que la gente tiene para costearse el viaje a Europa», explica Modou. «La mafia te capta porque sabe que seguro que mucha gente a la que uno conoce también quiere viajar a Canarias».

Modou ha pasado nueve meses en prisión. Le restan 15 entre rejas, aunque se encuentra pendiente de un recurso en el juzgado. Primero estuvo en una cárcel de Saint Louis. Cuenta que estaba masificada, con 1.200 personas.

nidad para marchar. Si no es por aquí, lo haré por Mauritania. Si encuentro *pirogue*, me subo».

“VI CARAS CON PÁNICO. COMENZABAN LAS ALUCINACIONES”

Al igual que el captador Modou, las mafias necesitan a capitanes de cayuco que sepan gobernar una embarcación así en mitad de las hostilidades del Atlántico. No es fácil, asegura Moustapha Canne, pero si uno es pescador, como lo es él, resulta más sen-

las Islas Canarias, la mafia lo puso a trabajar con ella para captar a nuevos clientes. Pero se le detuvo a pie de playa, cuando ya iba a partir. Modou sigue soñando con el viaje a Europa: «No duermo pensando en marchar», dice.

ALBERTO DI LLOLLI